



<p>SE PUBLICA</p> <p>UN CUADERNO SEMANAL.</p> <p>PRECIO, UN REAL al recibir el número.</p> <p>AÑO I.</p>	<p>COLABORADORES.</p> <p>CASTELAR, RÁNCIA, ORENSE, PI Y MARGALL, FIGUEROA, SÚRES, GARRIDO, ROBERT, SANCHEZ PEREZ, JOARIST, CALA, CORDOVA, SANCHEZ RUBIO, PRU, NEUA, ALTADILL, ZAPATA, TRESSERRA, ESTÉBANES, SOLER, MERCADO, LOZANO, SASTRE, ANER, TALLÉS, FLORES, LAPUENTE, MENQUET, SIENRA, COLL, PINEDO, ALMIPALL, RUBAN, LONTAN, CLAVE, RUPA, CARRION, ETC.</p> <p>DIRECTOR, Enrique Rodríguez Solís.</p> <p>MADRID 24 DE SETIEMBRE DE 1871.</p>	<p>EDITORES</p> <p>J. CASTRO Y COMPAÑIA.</p> <p>ADMINISTRACION: Plaza de la Cebada, 11, Madrid.</p> <p>NÚM. 15.</p>
--	---	--

SUMARIO.

TEXTO.—Rafael de Urbino, por F. Pi y Margall.—La cuestion religiosa en España, por V. Almirall.—El mosquito, por Arturo Guardiola.—Apuntes para la historia, por J. A. Sierra.—La ingratitude de los pueblos, por A. Cortés.—La vendimia, por Nazario de Joss.—Avila, por E. Rodríguez Solís.—La cantinera republicana (novela).—Revista general, por E. Rodríguez Solís.

GRABADOS.—Rafael de Urbino.—La Perla.—Vista de Avila.—Sepulcros de Avila.

RAFAEL DE URBINO.

Desearios de dar á conocer á nuestros lectores el famoso cuadro *La Perla*, de Rafael de Urbino, le publicamos en el presente número, acompañado de su retrato y de un artículo biográfico debido á la pluma del eminente publicista Francisco Pi y Margall.

Nació Rafael de Urbino la noche del viernes Santo de 1483, el día 28 de Marzo. Manifestó desde muy niño brillantes disposiciones para el arte; tanto, que su padre, Juan de Santi, pintor, aunque adocenado, no tardó en enseñarle cuanto sabia ni en pasarle de su taller al de Pedro el Perugino. Era Pedro de Perusa uno de los mejores artistas de su tiempo; seguia las buenas tradiciones de la escuela florentina, aunque era de la de Umbría, y pasaba, no sin razon, como el digno continuador de Giotto y de Masaccio. Rafael, dotado de un grande instinto de imitacion, le tomó pronto la manera, el dibujo, el colo-

rado: contaba poco más de veinte años cuando se confundian ya sus obras con las de su maestro.

En una gran fachada de Citta della Pieve está pintada una Adoracion de los Magos que data del año 1504: es preciso saber que es de Rafael para no atribuirlo al Perugino. Presenta las mismas bellezas y las mismas faltas: el mismo encanto en el colorido, la misma gracia en las cabezas, la misma sujecion á los tipos místicos, la misma pobreza en los paños y la misma sequedad en las actitudes.

Se limitó Rafael á seguir las huellas de su maestro, hasta que pasó por segunda vez á Florencia, donde habia sufrido el arte una revolucion profunda en manos de Leonardo de Vinci y Miguel Angel. Estuvo en Florencia ya el año 1503 al decir de Camolli, pero no modificó su estilo hasta más tarde, en que volvió á la capital de los Médicis atraído por la fama de los célebres cartones de aquellos dos grandes artistas. Estaba á la sazón en Siena ayudando al Pinturichio á decorar las paredes de la biblioteca del *Duomo*, y le abandonó repentinamente apenas tuvo noticia de tan bellas y originales obras.

El año 1508 estaba Rafael en Florencia; ignoramos si entró en aquel mismo año ó en años anteriores. Vió los cartones y descubrió un nuevo mundo. Acababa de salvar el arte el círculo de hierro que le habia trazado el pensamiento sacerdotal de la Edad media. No respetaba ya los antiguos tipos. Buscaba en la naturaleza la verdad de las formas y en el fondo del corazón el sentimiento. Aspiraba á unir el naturalismo con el idealismo,

y los tenía en cierto modo unidos. Comprendió Rafael de una ojeada esa gran revolución, y se propuso desde luego llevarla a cabo. No hay necesidad de probar si lo alcanzó o no; basta ver la más insignificante de sus obras.

No pudo por de contado realizar en días ni en meses su idea. Muertos á poco sus padres, hubo de regresar á Urbino con el fin de arreglar su modesto patrimonio. Pintó algo en esta su patria, mas separándose aun muy poco de Pedro el Perugino. No así ya cuando bajó á Perusa, donde sedujo con su nuevo estilo á los más inteligentes en artes. Había abandonado tambien símbolos y mitos. Reproducía, aunque sin dejar de embellecerla, la naturaleza. Debaba conocer que había estudiado sobre las ruinas del paganismo. Era más libre y grandioso en sus composiciones.

No estaba, sin embargo, satisfecho. Volvió á Florencia é hizo un detenido examen de las obras de Vinci y Bounarotti. Gracias á su ya mencionado instinto de imitación, como se había asimilado antes las bellezas del Perusino, se asifiló entonces las de esas dos lumbreras del arte. Reformó más radicalmente su estilo, y se atrajo pronto la admiración de las gentes. Tuvo en Florencia íntima amistad con Fr. Bartolomé de San Márcos; pintor que se distinguía por lo verdadero y agradable de su colorido, y acabó de perfeccionarse en el taller de tan insigne maestro.

Era Rafael uno de esos génios de que habla Goethe, que saben hacer suyo todo lo bueno de los demás, sin abdicar su personalidad ni dejar de ser originales en el conjunto de sus obras. Tomó no solo de todos los artistas de su época, sino tambien de los poetas y hasta de los filósofos. Fué así tan grande en sus pensamientos como en el modo de ejecutarlos; reunió en una todas las maneras; completó su individualidad, y apareció y aparece aun como la síntesis del arte. Le aventajaba otros muchos en determinadas cualidades; mas no le iguala nadie en presentar bellamente armonizadas todas las que pueden desearse en una creación artística. El sentimiento no excluye en él la fuerza del raciocinio, ni la fantasía se ve nunca obligada á suplir la falta de sentimiento. Muchas de sus pinturas son verdadera ciencia sentida. La invención, la composición, el claro-oscuro, la expresión y la actitud de las figuras, todo está en perfecto acuerdo y conspira al fin del cuadro.

Mas nos precipitamos sin sentirlo. Fué llamado Rafael de Florencia á Perusa, y pintó allí una de sus mejores obras: la deposición de Cristo en el sepulcro. No nos detendremos en describirla; no es hoy nuestro propósito dar á conocer ninguno de sus cuadros. Pero es, á no dudar, para inmortalizar al autor y revelar la extensión de sus vastas facultades.

Pasó nuestro artista de Perusa otra vez á Florencia, de Florencia á Roma, donde por la intercesión de Bramante, su dendo, debía pintar los nuevos salones del Vaticano. Empezó por el de la Segnatura, y pintó en cuatro grandes frescos la Filosofía, la Teología, la Poesía y la Jurisprudencia. No se limitó á simbolizar en otras tantas figuras esos cuatro ramos del saber humano; evocó los nombres de los que más habían acelerado los progresos del derecho, de todos los doctores de la Iglesia, de cuantos habían conmovido al mundo al son de la cítara ó del arpa, de los que habían fundado un sistema filosófico y sido jefes de escuela. Animar y ca-

racterizar á tantos y tan distintos personajes, agrupados alrededor de una idea; condensar en ellos la historia del arte y de la ciencia, era empresa que requería, no solo imaginación, sino numerosos conocimientos, y sobre todo facultades capaces de comprender en todas sus fases la vida de la inteligencia y del sentimiento. Desempeñóla Rafael de una manera admirable, tanto que, al ver Julio II los frescos, mandó borrar los anteriormente pintados, y entregó solo á sus pinceles todas las paredes del palacio.

Rafael dejó desde entonces eclipsados á todos sus rivales; fué el rey de los pintores. Todos los hombres de algun valor desearon conocerle; todos los que gozaron alguna renta quisieron poseer una obra de sus manos; todos los que aspiraron al título de artistas se hicieron sus discípulos. Activo, laborioso, de una fecundidad sin límites, satisfizo todas las demandas: frescos del Vaticano, retratos, grandes cuadros al óleo, cartones para tapices, todo lo intentó y lo llevó á cabo. Al fin no pintaba ya; diseñaba, bosquejaba y confiaba á sus alumnos la ejecución de sus infinitos conceptos. Corregía luego la obra de esos brillantes jóvenes y les imprimía el sello de su génio.

¿Qué no hizo en el Vaticano? Pintó todas las grandes escenas de la Biblia, los días de la Creación, la caída de Adán, la rivalidad de Cain y Abel, la corrupción de las primeras generaciones, el diluvio, los hechos de los patriarcas, las terribles crisis del pueblo de Israel, las sublimes figuras de los Profetas, la cuna y el sepulcro de Cristo, los trabajos de los Apóstoles. Pintó además el castigo de Heliodoro, los milagros de Bolsena, la historia de Leon II y Leon IV, la consagración y la coronación de Francisco I, el incendio de Borgo.

Imposible parece realmente que pudiese ni llegar á concebir tantos ni tan variados argumentos. Pintaba con todo más para los particulares que para los Pontífices. En todos los museos de Europa existen hoy cuadros de Rafael de Urbino, y en no pocas iglesias de Italia y de fuera de Italia. Calcúlese cuánto no había de haber pintado.

Pintó asuntos, no solo místicos, sino tambien mitológicos. A pesar de haber santificado á Savonarola en su cuadro de Teología, no supo permanecer fiel á la palabra de tan malaventurado reformista, que combatió rudamente las tendencias paganas de su siglo. Penetró en el Olimpo griego, y bajó de él algunas de las antiguas deidades. Era tal la flexibilidad de su talento, que pintaba á esos dioses con no menos propiedad ni menos fuerza de colorido que á los héroes del cristianismo. Su Galatea del palacio de Chigi, palacio decorado todo por su mano, bastaría para darle entre los pintores de todos los siglos un lugar eminente.

Daba de ordinario Rafael á todas sus obras cierto aire de tranquilidad y de dulzura; mas no por esto dejó cuando quiso de comunicarles energía. Acababa de pintar la cámara de la *Segnatura*, cuando, al decir de sus biógrafos, vió en la capilla Sixtina el Juicio final, de Miguel Ángel. Impresionado por las vigorosas formas de tan grandioso fresco, pintó en el mismo palacio del Vaticano las Sibilas y los Profetas. Las Sibilas y los Profetas respiran por todas partes energía; sienten, hablan, se mueven; están verdaderamente animados por el fuego de la inspiración y la poesía.

Lo podía todo Rafael: nada se resistía á sus pinceles. Si sus obras eran generalmente dulces, debe atribuirse á su carácter. Era Rafael de una extremada afabilidad y de tranquilos y generosos sentimientos: reinaba la paz, aun entre los que estaban separados por profundos odios, donde quiera que llegaba la influencia de su mirada ó de su palabra. Eran comunmente los artistas de su tiempo esclavos de las más bastardas pasiones: apelaban á pocas veces al puñal y muchas á la calumnia para desahacerse de sus rivales. Rafael era un cordero entre esos lobos; ni aun las mordeduras de esos lobos pudieron exasperarle.

Empañaban á Rafael solo dos faltas, y estas hijas aun de esa misma blandura de carácter. Amaba apasionadamente, y se entregaba sin freno á los placeres. Era más que amor, delirio, lo que sentía por su Fornarina. Asegura una de sus biografías que Chigi, para animarle á que pintara las paredes de su palacio, se vió obligado á aposentarla en uno de sus salones. Vuela y oiría era ya un motivo de inspiración para nuestro artista.

Tenia Rafael amor para las mujeres y alabanzas para todo el mundo. Estuvo así en amistad íntima con cuantos llegaron á tratarle. Leon X no le quiso menos entrañablemente que Julio II. Sus mismos rivales se sentían desarmados por sus elogios.

Dejó sentir desgraciadamente sus defectos en sus mismas obras. No era extraño que pintara bajo el manto de una virgen ó de una Sibila á su querida Fornarina. Lo era aun menos que mezclara entre los filósofos ó los héroes de la antigüedad á los poderosos de su tiempo. Licencia fatal que era un principio de decadencia para esas mismas artes que acababan de llegar á su apogeo en manos del que la cometa.

¿Qué eran con todo estas faltas para quien tan altas virtudes reunía y tantos títulos presentaba al amor y al agradecimiento de sus semejantes? Se dice que aspiraba al capelo y rehusó con este fin la mano de una sobrina del cardenal Divizio; mas ¿es creíble? ¿Quién más honrado que él dentro y fuera de Roma? Iba al Vaticano llevando detrás de sí más de cincuenta alumnos. Los más elevados personajes se daban por pagados con su amistad y su trato. Roma, Italia toda, le veneraba como algo superior á los hombres. ¿Para qué necesitaba del cardenalato? Empezó pobre su carrera; estaba al fin de su vida rico. No le podía tentar tampoco la codicia.

Murió Rafael cuando era aun joven, cuando no contaba más que 37 años. Murió en 1520, también en Viernes Santo. No hay para qué decir quién asistía á sus exequias. Acababa de pintar su cuadro de la Transfiguración, la más sublime de sus obras; su muerte fué universalmente sentida y llorada. Acompañaron su féretro todos los artistas que había en Roma, los hombres más ilustres, el pueblo todo. Iba entre el fúnebre cortejo su último cuadro.

Aseguran que murió extenuado por los placeres y una sangría que se le hizo desconociendo la causa de sus males. No bien se sintió enfermo de muerte, despidió á su querida y le señaló una pensión vitalicia. Distribuyó el resto de sus bienes entre algunos de sus alumnos. Mandó que se restaurase en Santa María Ritonda uno de los antiguos tabernáculos, se construyese un altar y se le diese allí sepultura. No tardó en morir después de haber otorgado su testamento.

Mucho podríamos decir aun de tan grande artista; mas hemos trasapado ya los límites de un artículo. Mucho de lo que aquí llamamos lo revelará á nuestros lectores la copia de *La Perla*.

F. PI Y MARGALL.

LA CUESTION RELIGIOSA EN ESPAÑA.

Vamos á ocuparnos de esta cuestión, que es sin duda alguna de aquellas para cuya solución acertada es necesario más tino, bajo el punto de vista más práctico que nos sea posible.

Si examinamos la situación religiosa del país con ojos imparciales, deberemos convencernos de que solo existen españoles católicos, españoles indiferentes y españoles enemigos de la religion católica. Los sectarios de otras religiones positivas son una minoría exigida por efecto sin duda de las circunstancias en que nuestra nación ha vivido durante muchos siglos.

A los católicos, muévelos á algunos verdadera fé, á otros la rutina y la fuerza del hábito, y lo son los demás por no tener noticia siquiera de los dogmas ó principios de otras religiones ó sectas. La razon de ser católicos la mayor parte de los españoles que tal religion profesan, la expresan muy gráficamente, sin darse cuenta de ello, cuando la titulan «religion de nuestros padres.» Los indiferentes lo son porque el espíritu de la época es de racionalismo y de duda, y han seguido el espíritu de la época; lo son algunos de ellos porque se han parado en analizar los dogmas y preceptos de todas las religiones positivas, y ninguna de ellas les ha satisfecho; lo son los más porque el descuido les ha llevado al olvido y el olvido al excecpticismo. Los que son enemigos de la religion católica lo son, ó ya por motivos personales ó de familia, ó ya porque han visto que la informe alianza del altar y el trono, llenando su doble objeto de fanatizarnos para hacernos esclavos y de hacernos esclavos para fanatizarnos, ha dado durante siglos por resultado que el pueblo español, a pesar de sus brillantes cualidades, no haya influido cual debiera en el desarrollo de la civilización moderna, y creen que en aquella estriba la causa de todos nuestros males pasados y presentes; lo son porque recuerdan que si España está despopulada, se debe al fanatismo que permitió que los reyes llevaran á cabo expulsiões en masa por pretextos religiosos; que si España está pobre se debe á que el fanatismo embrutece y los pueblos embrutecidos no producen; que si España no posee ningun filósofo que haya conmovido al mundo, al tiempo que un Cervantes, un Calderon y un Velazquez acreditan su génio, debe atribuirse no á la falta de este, sino á causas que impidieron que tomara vuelo.

De los tres grupos en que, bajo el punto de vista religioso, hemos dividido á los españoles, los más numerosos es sin duda alguna el segundo. Para sostener esta afirmacion no deberemos acudir á datos estadísticos ni á argumentos rebucados, bastándonos solo fijar la vista en el mundo real y considerar que vivimos en el siglo XIX, siglo de negaciones. Debemos advertir de paso que clasificamos como indiferentes á todos aquellos que por motivos particulares fingen creencias y sentimien-

tos religiosos, al mismo tiempo que no tienen inconveniente en enriquecerse comprando, á pesar de Roma, los bienes de la Iglesia, y desmintiendo en todos sus actos la moral cristiana.

Cada uno de los tres grupos desea para el problema religioso una solución distinta. Quisieran los católicos que se conservase la unidad religiosa, la unidad implantada en España por el absolutismo de la casa de Castilla, la unidad que hizo necesaria la Inquisición y que nos enemistó con toda Europa en los agitados tiempos de los Carlos y Felipes, de triste memoria; la unidad á la que debemos en gran parte nuestra pobreza y nuestro atraso, habiéndonos solo producido en cambio riquísimas ventajas. Quisieran los indiferentes, ó aunque no manifestasen quererlo algunos por contentarse en su indiferencia, con que no se les moleste por ella, lo verían con buenos ojos, que se reconociera en todos los españoles el derecho de profesar la religión que cada uno elija ó el de no profesar ninguna; que reconocido el derecho, se les garantice la más amplia libertad para ejercerlo; que las sociedades formadas por los que profesen una misma religión sean libres, perfectamente libres, disfrutando de los derechos todos y sujetándose á todos los deberes que las leyes concedan é impongan á las asociaciones, sin hacerse para aquellos ley alguna especial, lo que vale tanto como decir que quieren la independencia de las religiones y del Estado.

Quisieran, finalmente, los que forman el tercer grupo, ó sea los enemigos del catolicismo, que por todos los medios se le persiga; que el Estado dicte para los que lo profesen leyes especiales; que no les proteja contra los ataques que á los mismos ó á su religión se dirijan; que no subvencione á sus ministros, guardando además de esto autoridad despótica sobre ellos; que, en una palabra, se considere á la sociedad católica distinta de las demás sociedades, y á sus ministros como hombres distintos de los demás ciudadanos, y que en cambio se proteja á todos los que vengan á introducir en España religiones distintas, por más que no estén conformes con ellas.

Siendo, como son, exactos los datos que anteceden, fácil es, á nuestro modo de ver, la resolución del problema. El político debe atender solo á los hechos, al estado del país, y ya que la mayoría del país es en materias religiosas indiferente, debe proclamarse la solución de los indiferentes, la libertad de cultos, pero la libertad de cultos con todas sus consecuencias, reconociendo el derecho de todos los españoles á profesar la religión y pagar el culto que mejor les cuadre, ó á no profesar ni pagar ninguno, y obligando á todos y á cada uno á respetar y á no ofender las creencias de sus conciudadanos.

Esta solución, como todas las soluciones radicales, ofrece la ventaja de ser aceptable para todos, como fundada en la justicia. Dada la independencia de las religiones y del Estado, gozarán de completa tranquilidad las conciencias de los creyentes, y no presenciarán ya más los católicos, por ejemplo, el escándalo de que el gobierno obligue á sus ministros á jurar una Constitución que rechazan; no se verán obligados á cantar *Te Deum* por el triunfo de pronunciamientos; no oirán ya más sus campanas tocar á fiesta en celebración del establecimiento del matrimonio civil ó de la llegada de un monarca excomulgado. Gozarán de completa tran-

quilidad los indiferentes, seguros de que nadie les molestará por su indiferencia ni les exigirá contribuciones para sostener un culto que su razón rechaza ó su conciencia no necesita. Quedarán, finalmente, los últimos en libertad para hacer, dentro de la ley, guerra implacable á la religión que odian, poniendo otra y otras frente de ella, inventándolas nuevas si las existentes no les satisfacen, elevando á la categoría de religiones todas las sectas filosóficas más ó menos racionales.

Queremos la independencia de las religiones y del Estado, no la alíve de aquellas, no la esclavitud de este; queremos que la sociedad católica tenga todos los derechos y todos los deberes que tengan las demás sociedades religiosas. Queremos que estas sean igualadas á las demás sociedades, rigiéndose por las leyes comunes, pudiendo disfrutar de todas las ventajas que las civiles les concedan y las políticas les reconozcan. Queremos que proclamada la existencia legal de las religiones como sociedades libres, se castiguen todos los atentados que contra ellas se cometan.

Sabemos que se nos objetará hablando de derechos adquiridos, que la subvención que da el Estado á la Iglesia católica reconoce por causa el despojo de sus bienes, que es solo una indemnización por tal despojo y que como tal no puede dejar de ser reconocida. A ello contestaremos que han variado las circunstancias; que las mismas razones podrían alegar los dueños de esclavos para seguir abusando de la humanidad; que las mismas hubieran podido alegar los sacerdotes paganos luego que quedó sin prosélitos la idolatría; las mismas que hubieran podido alegar todas las instituciones que en ciertas épocas históricas han tenido razón de ser y que más tarde han desaparecido de las naciones.

¿No ven los que tan delicados se muestran en respetar los derechos adquiridos que si aplicáramos su teoría no serían ellos los que poseyesen sino sus antecesores históricos? ¿No reparan que deberían todavía tener derecho sobre sus vidas y haciendas, desde sus castillos los señores de horca y cuchillo, que tenían verdadero derecho según la ley para emplearlos contra sus vasallos? ¿No observan que ellos mismos han de reconocer la justicia de la *prescripción*, que es el triunfo más completo que imaginarse puede del hecho sobre el derecho escrito? Los derechos que solo en las leyes escritas se fundan son derechos de circunstancias, que solo tienen razón de ser mientras aquellas duren y que deben desaparecer y desaparecer luego que aquellas han cambiado. Sostener lo contrario es desconocer el mundo y negar el progreso.

En el caso concreto de que tratamos, estamos seguros de que todos los verdaderos católicos se tendrían por bien indemnizados de la falta de subvención con la sobra de libertad; estamos seguros de que dejarán gustosos unos miserables reales á cambio de vivir con dignidad, sin tener que arrastrarse á los pies de un soldado de fortuna, ni que mendigar la protección de algún sanhedrin de tontos ó de algún progresista hidrófobo, que es la mayor de las humillaciones que conocemos.

Cualquiera otra solución que se dé al problema religioso nos parece ocasionado á graves inconvenientes. La unidad es insostenible; la persecución produce siempre efectos contraproducentes, y aunque se aplique contra un cadáver, cual pila de Volta, tiene la virtud

de darle por algunos momentos apariencias de vida. Los liberales hemos de resolver todas las cuestiones por el criterio de la libertad, y hasta que por él se resuelva la religiosa, será un arma terrible contra todos los gobiernos.

V. ALMIRALL.

EL MOSQUITO.

Historia de un átomo.

(Continuación.)

—Mucho te interesas por la suerte de la humanidad; ¿has logrado acaso pertenecer á ella?

—Sí, me contestó con acento impregnado de melancolía; un día tuve el infame placer de ver al pueblo romper los diques de su ira; penetré en aquella horrible madriguera, hizo pedazos todos los instrumentos del asesinato y del pillaje, que en gran número encontré; rasgó las colgaduras y aquellos vestidos negros que servían de máscara á la infamia, al más desenfrenado vicio y al más refinado crimen; se ensañó con los bárbaros ministros de la fe, y con los restos de aquellos emblemas de la barbarie formó una grande y purificadora hoguera.

Obligado nuevamente á servir de abono á un campo, por un fenómeno que nada tiene de sobrenatural, pronto me ví convertido, por una serie de transformaciones sucesivas, en mujer. Renuncié á contarte detalladamente los diversos incidentes que agitaron aquel período, el más triste de los de mi existencia; sé débil por naturaleza, nacida en un siglo en que la inteligencia era dominada por el sentimiento, y para colmo hija de padres cuya posición era en extremo modesta, inútil es manifestar cuánto padecí.

Toda la educación que obtuve fué la de saber de memoria la doctrina cristiana: un padre jesuita me enseñó

á leer, y al realizar esta obra de *misericordia* aproveché la ocasión para verter sobre mi inteligencia el traidor narcótico del fanatismo; yo era pobre, y con esto dicho está que con saber la doctrina y poder leer el libro de los oficios ya tenía lo suficiente; si hubiera sido rica, me habrían enseñado á cantar, á dibujar, á bordar; en fin, á todo lo que la alta sociedad tiene derecho á exigir de una señorita bien educada: es verdad que tampoco entonces me hubiera sido franqueada la puerta de las ciencias; pero ¿para qué las necesita la mujer? Dada la influencia que ella ejerce en la marcha de la sociedad, ¿no es hasta perjudicial que sea ilustrada?

Mis padres murieron cuando yo tenía la edad de quince años, dejándome por todo patrimonio la costumbre de trabajar! Desgraciadamente mi afición al tra-

bajo no bastaba para que pudiese atender á mis limitadísimas necesidades: el trabajo era mal recompensado, porque el *amo* tenía ya marcado de antemano el beneficio que debía dejarle cada artículo, y cuando las primeras materias se encarecían, no pudiendo aumentar el precio de los artículos porque hubiera disminuido la venta, bajaba el precio de la mano de obra; se me impuso tácitamente la obligación de vestir con *decentia*, so pena de verme abandonada como un leproso; los comestibles se encarecían, aunque yo creo que jamás han sido baratos para el pobre. No ignoras que los meses pasan tanto más rápidos para quien ha de pagar alquiler de casa cuanto más mal está de dinero; mis atenciones aunque irreducibles, eran harto penosas para ser cu-

biertas por una obrera que vive sola, y sabido es que el día no tiene más que veinticuatro horas; el resultado fué el que no podía ménos de ser, dados estos precedentes: caí enferma á fuerza de vigiliás, de privaciones y del excesivo trabajo, y el lecho de un hospital fué mi único refugio.

Cuando recobré mi salud solo un pensamiento me dominaba: convencida de que no me era posible continuar en aquel estado, solo pensaba en el medio de salir de



RAFAEL DE URBINO.

él, de aliviar mis penalidades y asegurarme un porvenir ménos triste que el que me esperaba; una amiga mía tenía un hombre que endulzaba su vida: gracias á él, ella no se encontraba en mi misero estado; vestía con elegancia, llevaba bonitas joyas, y frecuentaba los bailes y los teatros; y á mis ojos de entonces, aquella mujer era feliz, en cuanto era dable. Yo era hermosa; así lo había oído desde mi infancia; ¡ay! en las mujeres la peor desgracia es que desde la cuna las envanezcan y ensalcen: los hombres me enamoraban; ¿por qué había yo de ser ménos que mi amiga? ¿Por qué no había de poder imitarla...?

Poco tardé en realizar mi intento, pero ménos tardé todavía en experimentar toda la fatal trascendencia de mi caída: llegó un momento en que mis obligaciones se aumentaron; ¡era madre! y me veía abandonada del hombre que conmigo había cometido el crimen de traer una nueva víctima á esta sociedad; á esta sociedad fanática, hipócrita y corrompida, que me había explotado y que me había hundido en el precipicio, imponiéndome deberes y negándome derechos; á esta sociedad cruel, que lejos de tender una mano protectora á mi hijo, se apartó de nosotros dos con horror, me marcó con el sello de la infamia y me condenó á reincidir ó á ver á mi hijo perecer de hambre... ¡Si, viéndome negado hasta el derecho al trabajo, porque esta sociedad hipócrita me rechazaba de todas partes negándome hasta el derecho de vivir, me vi precisada á servir de juguete á todo aquel que me proporcionaba el medio de alimentar al fruto de mis entrañas! ¡No en balde me decían que el crimen era una pendiente muy rápida: una sola vez puse el pié en falso y me condenaron después á arrastrarme por el fango!!!

—Ya supongo que el fin que tendría aquel período de tu vida sería terrible, pero ¿y el de tu hijo?...

—Fué más desastroso todavía: el infeliz tenía disposición para hacer su felicidad y la mía; pero un día la policía negra descubrió un tesoro en su cabeza, y como la iglesia tenía el monopolio del talento, juzgó que el niño y yo cometeríamos un robo utilizándonos de su inteligencia; un cura con quien iba yo muy frecuentemente á confesarme, pues que es propio de los débiles ver un apoyo en la punta de una daga, se dignó venir á mi casa; acostumbrada á que todo el mundo huyese de mí, aquel acto solamente ya me predispuso, sin yo saberlo, para la realización de sus infames planes; me pintó mi estado, la suerte que me esperaba, la vida y el fin que tendría el sér que era víctima, dijo, de mi mala cabeza y de mis extravíos; me habló de Dios y de su bondad infinita y de horrosos castigos, y terminó diciendo que la Virgen, compadecida de mi estado, había tocado el corazón de unas señoras que se encargarían de la suerte del niño, si yo me comprometía á consagrarlo al culto y gloria del Altísimo.

Al escucharle me acordé de que en un confesionario había sido donde tuve benevolencia del mal, y me negué rotundamente á sus proposiciones, amenazándole con arrojarle de casa si de nuevo se atrevía á proponerme la separación de mi hijo; mas el traidor con su hipócrita mansedumbre supo desarmar mi cólera y herirme en lo más vivo del sentimiento: me avergoncé de que mi egoísmo labrara la infelicidad del niño; comprendí que en mi estado de entonces me sería imposible

darle la instrucción que necesitaba para verle como yo quería; que si le daba oficio sería siempre esclavo del capital, y tendría la aciaga suerte de los que para comer necesitan tener *amo*: luché conmigo misma, lloré; el reproche de mi falta resonaba incesantemente en mi oído; las palabras de aquel hombre desgarraban mi corazón de madre, y su presencia, cual si fuera un beleño, dejó mi razón adormecida y... cedí á sus deseos arriesgando con ello mi vida. Cuando hubo desaparecido la enfermedad que mi sacrificio me originó, aquel ladrón que había venido á turbar mi reposo, nunca más se tomó la molestia de venir á mitigar mi pena.

—¿No volviste á tener noticias del niño?

—Sí, sabía que estaba bueno; algunas veces logré verle y casi me alegré de mi desprendimiento, creyendo que habría labrado su dicha. Dispénsame: era madre, me dominaba el sentimiento como te he dicho; mi inteligencia, como puedes figurarte, era muy corta, y no veía que había convertido á mi hijo en un holgazán que nada producía, y que por lo tanto robaba á la sociedad el derecho que esta tiene de utilizar las fuerzas de todos sus individuos; ¡cara pagué mi obeceación! Los malos protectores de mi hijo lograron al fin que profesara, lo embrutecieron como hacían con todos los que caían en sus garras, y después de haber profesado lo mataron.

—¿Fué asesinado?

—No, fué sacrificado. En aquel tiempo no existían ni los sacrificios de los tiempos antiguos, ni las guerras de religión, ni el Santo Oficio; por lo tanto era preciso buscar una nueva forma, bajo la cual pudieran subsistir las inmolaciones, y al efecto se inventó el *cálico*, especie de cinturón con puntas de hierro que se ataba alrededor de la cintura y desgarraba la carne; se ordenaron las disciplinas, horrible látigo, con el cual se azotaban hasta hacer brotar la sangre; se mandaba dormir en el frío suelo, recostando la cabeza en una piedra; se obligaba á las pobres víctimas escogidas á interrumpir su sueño, á levantarse en las frías noches del invierno y permanecer durante algun tiempo en el agua helada; á arrastrar quintales de peso hasta caerse desmayados, y á comer ménos aun de lo que es imprescindible para el sosten de las fuerzas físicas: así murió mi hijo.

—Pues no todos los frailes vivían de ese modo.

—Lo sé, y por eso te he dicho que aquellas eran víctimas escogidas. El fanatismo necesita rodearse de misterios y nutrirse de sangre, y en todas las épocas se ha procurado que hubiera un número de personas que dieran su vida por él para que de esta manera se sostuviera la fé y su ejemplo sirviera para estimular á los demás á entregar sus riquezas, cuya adquisición es el objeto y fin de esos nuevos fariseos. Yo, por mi parte, gracias á mi nueva forma y al rigor del tiempo, puedo penetrar hoy en casi todas las habitaciones y vengarme, aunque débilmente, de los que sobre mí se han cebado; por ejemplo, veo á un grueso rector que hace alarde de castidad, y para hacer más meritorio el voto tiene á su lado la imprescindible ama: espero el momento en que pide fuerzas á Dios y entonces me complazco en atormentarle; diviso á un usurero que, cansado de robar, va á encender una vela á la Virgen de los Desamparados; corro hacia él, y cuantas veces alarga su mano le alargo un aguijónazo; ob servo á una sacerdo-

tisa de los tiempos modernos que espera con santa impaciencia la venida del *oráculo*, para consultar con él un escrúpulo de conciencia: vuelo al convento, paso por la histórica reja y la atormento; con que ya ves que si tú haces el bien escribiendo; yo lo hago aguijoneando; y ya que he terminado mi historia, cumple tú ahora la promesa que me has hecho y pon en conocimiento del nécio vulgo cuanto te he contado.

El mosquito emprendió su vuelo, y yo, después de meditar sobre cuanto acababa de oír, puseme á trasladarlo al papel en cumplimiento de mi palabra, para solaz y enseñanza de mis estimadísimos lectores.

ARTURO GUARDIOLA.

APUNTES PARA LA HISTORIA.

(HISTORIA DE UNA NOVELA.)

Introducción.

«Ojos que le vieron ir,
que no le vean...»

«POPULAR.»

Venga mi lira, que cantar quiero
con entusiasmo
ministerial:
caros lectores, nada exajero;
de triunfo en triunfo va el extranjero,
el pueblo aplaude
la marcha real.

De sus vasallos ser conocido
quiso el monarca;
partió de aquí;
ya media España ha recorrido,
y en todas partes es recibido
con entusiasmo,
con frenesí.

No encuentra al paso aduladores:
la simpatía
con él está
de los leales gobernadores
que le preparan arcos y flores,
vivas y aplausos
por donde va.

A la cabeza del municipio
marcha el alcalde
con decisión:
á los festejos se da principio,
y el soberano no pierde ripio;
á todos brinda
su protección.

Hay populares corporaciones
que le prometen
adhesión fiel.
Y entre los vitores y aclamaciones
frutas le ofrecen, varios melones,
y una doncella
su rica miel.

Los pueblos quieren por la monarquía:

«¡Viva el rey!»
«¡Viva el rey!»
«¡Viva el rey!»

ya se ha salvado la dinastía:
Repúblicanos, ya no hay tu tía,
los pueblos dicen
que viva el rey.

Soy su cronista con loco empeño:
los reales triunfos
quiero cantar:

¡Viva la Pepa! ¡Viva mi dueño!
Pues que la vida es fugaz sueño,
por un momento
quiero soñar.

Aunque me digan que estoy vendido,
ya no es posible
retroceder:

siempre fué deuda lo prometido:
demostré á todos su merecido;
cumpla el cronista
con su deber.

I.

«La del humo...»
POPULAR.

De la capital de España,
parte una locomotora:
lleva un rey á las provincias;
él quiere que le conozcan,
que se sepa que es buen mozo,
que es todo una real persona,
que es un mozo hecho de encargo
para la con, ó sin honra.
¿Qué sucederá? ¿Quién sabe!
La fortuna es veleidosa
y hasta el fin nadie es dichoso;
naves más fuertes zozobran.
Partió. Capítulo aparte.
APUNTES PARA LA HISTORIA.

J. A. SIERRA.

(Se continuará.)

LA INGRATITUD DE LOS PUEBLOS.

No mata el martirio de un sentimiento profundo.
La pérdida de un sér adorado, de una madre, abre hondo surco en el corazón de un buen hijo.

Visitar con los ojos impregnados de ardorosas lágrimas la solitaria tumba que guarda los restos de una mujer querida, ilusión de las ilusiones de un alma enamorada, es un tormento indescriptible.

Perder á un compañero; ver rotos los lazos de una amistad sincera, no es ménos pesar; pero pesar que no mata, que no quebranta, que no aniquila, que no apresura la preciosa existencia de un hombre digno, de un hombre honrado, de un hombre incapaz de cometer una alevosía, un fraude, una traición.

Nada significa el despecho, nada el desvanecimiento de halagüeña esperanza, nada las privaciones de la miseria si se asimilan con la amargura, el desaliento, la eterna tristeza que se apodera de aquel mortal, víctima de una ingratitud á todas luces injustificada.

Los pueblos ingratos no son dignos de llamarse pueblos libres.

«¡Viva el rey!»
«¡Viva el rey!»
«¡Viva el rey!»

Ayuntamiento

de Madrid

Porque la ingratitud significa desmoralización, poca nobleza de alma, poca altivez, poca hidalguía.

La ingratitud popular se viene considerando como la

rémora del progreso, de la libertad, de la tan deseada emancipación del infeliz proletariado.

¡Ay de las asociaciones! ¡Ay de los pueblos! ¡Ay de las



LA PERLA.

naciones que se arrojen en brazos de la ingratitud!
¡Ay de ellos! ¡que siempre vivirán arrastrando las
ominosas cadenas del esclavo, del pária, del siervo!

¡Ay de ellos! si no reconocen á tiempo que en pos de

la ingratitud viene el crimen, que en pos del crimen apa-
rece la demacrada faz de los remordimientos, que en-
gendran la tortura, la desesperación, la muerte.

La ingratitud, lo mismo en el hogar doméstico como

en el vasto campo de la política, ahuyenta la paz y entroniza la discordia, destruye la fé y alienta la desconfianza, que más tarde se convierte en odios implacables. No llegará nunca la humanidad al fin para, que fué

creada, si la humanidad, desoyendo la autorizada voz de sus apóstoles, emprende distinto derrotero del que viene trazando la ciencia, la ilustración, la filosofía.



VISTA DE AVILA.

Hágase el mundo—dijo una voz—y el mundo fué hecho, y creados cuantos séres racionales é irracionales pueblan la tierra.

Y apareció el hombre, y apareció la mujer, y acre-

centóse la humana grey, y ecos de contentos y alborozo recogió en sus pliegues el viento, ecos que bendecían y admiraban la gigantesca obra de la naturaleza.

La humanidad en los primeros albores de su vida hi-

zo justicia, prodigó alabanzas á la infinita grandeza del autor del universo.

Nada más lógico.

Pero ¡ay! del crimen perpetrado en la cumbre del Gólgota brotó acaso la primera ingratitud, cuya expiación aun no ha terminado.

Fué allí asesinado el Redentor de los hombres por los mismos hombres.

Fué allí herida de muerte la libertad, desmoralizados los instintos del bien, vilipendiada la virtud, relegados al olvido los dones del saber, y con brutal contentamiento aplaudida la ignorancia, laureado el despotismo.

Aquel pueblo inconsciente había apurado la copa de la maldad; habíase embriagado con el venenoso néctar del vicio y de la degradación.

Funesto error aquel, muy en parangón con aquellos funestos siglos y con los que después le precedieron.

En todos los tiempos, en todas las épocas, el desprecitigio empleado contra los defensores de los derechos del pueblo han postergado á este, acallado el grito de su conciencia, é imponiéndole por ley el silencio de un insensato mutismo, la soledad de un estúpido marasmo.

Verdad inconcusa es esta é irrefutable.

En el día, que aun cuando no del todo han desaparecido muchos de los atributos retrógrados de las edades del feudalismo y de la teocracia, y que se comprende, aunque imperfectamente, lo que la libertad reclama de consuno para consolidar su benéfico imperio de zona á zona, la calumnia, en inmoral maridaje con la ingratitud, proclaman la guerra, la ruina, la desolación; piden luto, piden sangre, piden lágrimas.

¡Y lágrimas, y sangre, y luto obtienen á despecho de las muchedumbres que anhelan la moralidad, la fraternidad y la justicia!

¿Mas cómo alcanzar tan preciada aspiración? ¿Calumniando á los incansables propagandistas de las doctrinas democráticas y de un socialismo razonado, práctico y perfecto? No, seguramente.

Si se desea apresurar los postrimeros instantes del espolaje, del privilegio y de las arbitrariedades; si se desea levantar la dignidad del obrero, salvándolo de las garras de la esclavitud; si se desea mejorar su condición social é intelectual, rasgando la venda de su ignorancia, haciendo girones sus hábitos de servilismo, tengan presente todos aquellos que, decididos adalides de la libre emisión del pensamiento; propalan ideas nuevas, iluminando con la clara luz de sus concepciones las oscuras inteligencias de los desheredados de la fortuna, que no ridiculizando ni desprestigiando á los defensores de una noble y salvadora institución, se logra el predominio de unas creencias sobre otras creencias.

Porque el error siempre es error, y la verdad, verdad.

¿A qué buscar la división de un pueblo, desdichado por mil conceptos, llevando á él la desconfianza, el odio y el encono hacia sus hombres más eminentes, pudiendo por el contrario ilustrarlo, preparándolo para el advenimiento al poder del cuarto estado?

Los sistemas se discuten, y discutiéndolos se viene á un perfecto conocimiento de la eficacia é ineficacia de ellos.

Dentro de la legalidad, de la buena fé y recto criterio, cabe disentirse lo absurdo junto á lo no absurdo; pero brota al fin la luz, sus rayos se esparcen por los ámbitos del mundo y cunde la ilustración.

Ese es el objeto; esa es la misión de los hombres de ciencia para con las inmensas agrupaciones populares.

Esa es la conducta; ese el procedimiento que hay que adoptar para ahuyentar de la tierra la *ingratitud de los pueblos*.

En las prisiones de San Francisco en Madrid ha sufrido resignado las fatigas y penalidades de un encarcelamiento injusto un honrado patricio, ilustrado republicano y eminente escritor.

Por su amor á la causa santa de la humanidad tiene encallecida su inteligencia preclara en fuerza de tanto y tanto propalar doctrinas que se desconocían, pensamientos que se ignoraban, ideas luminosas y redentoras que han venido socavando los cimientos de las viejas monarquías, tan funestas para las naciones del orbe.

Anciano, pobre y enfermo, alentó allí en la morada de los criminales, porque les pareció conveniente complacarlo en el asesinato de Prim.

¡Bárcia asesino!

¡Qué despropósito!

¡Y como si no fuese bastante á su destino adverso, los periódicos *internacionales* desaprueban ahora su conducta observada hasta aquí como propagandista del pueblo, y le despiden y le arrojan del lado de los obreros! ¡Qué ingratitud!

Los que así proceden, ó no son obreros, ó son simplemente *locos fanatizados*, víctimas inconscientes de una mano oculta que sin duda los lleva á su perdición.

Del malestar que agobia al proletariado, ¿hemos de hacer responsables á Bárcia y sus compañeros de apostolado?

No; mil veces no.

Seria esto una injusticia; el principio de una ingratitud pernicioso aun para los mismos obreros que los rechazan.

La humanidad necesita regenerarse, emanciparse.

La humanidad necesita luz, mucha luz.

La humanidad necesita ciencia, mucha ciencia.

La humanidad necesita ser libre.

Esto sentado, ¿qué cabe deducir? Que el sano criterio, que el reconocimiento, que la conciencia exclaman:

¡ALERTA, OBREROS, QUE SE OS TIENE UN LAZO!

A. CORTÉS.

LA VENDIMIA.

Decíamos en nuestro número 12 que la recolección de frutos de la vid solo debía hacerse después de procurada su completa madurez, y ahora vamos á detenernos sobre este punto, porque nos agradaría en extremo que nuestros agricultores, convencidos de la exactitud del principio expuesto, se esmerasen en la fabricación de sus vinos y los vendiesen con más estima que ahora.

Que esto es posible y aun facilísimo lo demuestra, y dispénsenos que insistamos tanto sobre el mismo

punto, el alto precio á que en todos los mercados, incluso el nuestro, se venden los vinos extranjeros fabricados con frutos muy inferiores por todos estilos á los que España produce. Los cosecheros de otros países compensan más que ámpliamente la inferioridad de las uvas que vendimian con el esmero que emplean en procurar que no pasen á ser esprimidas hasta tanto que estén maduras todas y que entre las sanas no vaya ninguna que presente signos de putrefacción; así es que, recogiendo productos infinitamente peores que los nuestros y en pequeña cantidad, los hacen valer mucho más que los exquisitos y abundantísimos de las cepas españolas.

Hay cosas que en la conversacion y trato familiar se admiten como verdades indiscutibles, porque no puede ser de otro modo, y que, sin embargo, en llegando á la esfera de los hechos, se olvidan de tal modo que parece imposible que se hayan jamás conocido. Para valernos de algunos ejemplos incontestables de lo que decimos, vamos á permitirnos citar símiles vulgarísimos, pero cuya verdad nadie podrá desconocer. Nuestra mision aquí ya se sabe que no es hacer aparato de una ciencia que no nos acompaña; debemos, ante todo, ser comprensibles y sacar de la vid ordinaria los elementos que han de contribuir á probar nuestras afirmaciones.

¿Quién no se reiría del que dijese á un panadero que el pan que amasa no será de peor calidad cuando mezcle salvado á la harina ó centeno al trigo? ¿Qué buena guisandera consentiría en poner mezclados á la lumbre un ternero pescado y una legumbre tardía en cocerse, con la obligacion de servirlos á la par ó igualmente cocidos y enteros?

Pues esto, que nadie convendría en hacer, es ni más ni ménos lo que practica el que cree conseguir un buen vino mezclando en el lagar la uva madura y la agraz, la sana y la entrada en descomposicion.

Los cosecheros más apegados á la rutina, que, á falta de buenas razones, proporcionan pretextos que no hay ni aunque tomarse el trabajo de inventar, pues se transmiten tradicionalmente; más apegados á la rutina, repetimos, que á lo que el más simple buen sentido dicta, apoyan su actual sistema en algunos especiosos argumentos que brevemente vamos á contestar: «Nuestras cosechas, dicen, son tan grandes, que si fuésemos á emplear ese esmero que se nos pregona, no acabaríamos nunca: quédense esos cuidados para los que cosechan cortas porciones de frutos: nosotros no encontraríamos compradores si no supiéramos atemperarnos á su fortuna, y no venderíamos nuestros frutos si fueran caros; y por último, ¿qué pueden influir en la calidad de una porcion inmensa de vinos algunos frutos no sazonados y de malas condiciones por cualquiera causa?»

La primera razon es contraproducente en un todo. El esmero es cuestion de tiempo y del deseo y seguridad de aumentar el valor de los productos agrícolas. Al cosechero que recoja una cantidad insignificante de uva apenas le es permitido tomarse el tiempo de esperar que vaya madurando, de clasificarla y de limpiarla, de no interrumpir y aun hacer imposibles sus labores: únicamente el estímulo de colocar mejor los caldos superiores que consiga es lo que le animará en su trabajo. Al gran cosechero, por el contrario, le es facilísimo ir recogiendo los racimos segun vayan sazonándose, preparar previamente las vides para que sea escaso el

fruto no maduro, clasificar los productos de la vendimia y desechar los granos inútiles sin que ni se interrumpian las labores ni se entorpezcan; y si el pequeño propietario puede esperar fundadamente de su atencion un aumento de ganancias, ¿á cuánto no debe aspirar el que opera en grande escala? ¿No es sabido que en aquellos negocios en que el número de las operaciones anuales es limitado, é ilimitada su extension, las utilidades son mayores cuanto mayor el capital?

Ningun cosechero hace más de una operacion al año como tal, sean grandes ó pequeñas sus propiedades. Todo cuanto se aplique el muy poderoso ó el que no lo es á mejorar sus rentas, será tanto más ventajoso al primero que al segundo, cuanto que dispone de medios más grandes.

En esto se diferencia el cultivo de la venta en detalle; y así, es seguro que un vendedor de hortalizas algo activo y afortunado, con un capital cien veces menor que un cosechero, como realiza sus fondos diariamente, conseguirá tambien al cabo del año un beneficio neto, duplo, ó triple quizá.

Pero dejemos por ahora estas cuestiones que no son del momento, y cuya ampliacion nos llevaria muy lejos; baste con que consignemos, viniendo á casos nacionales, que los grandes cosecheros de Andalucía, que casi todos son extranjeros establecidos en España, nada pierden por fabricar vinos superiores; que los de Aragón, que los imitan, no se empohecen, sino á la inversa, y que entre el producto de primera clase y el de infima, cuando se trata de artículos de mucho consumo, las cualidades intermedias hallan siempre colocacion proporcionada á su mérito natural, ó proporcionada por los buenos métodos. Y con esta última observacion contestamos al segundo argumento de los productores de vinos que repugnan entrar en la buena senda.

En cuanto á su tercera razon, ¿qué diremos?

Cualquier sustancia de sabor extraño, por corta que sea la cantidad que una mano inexperta use, basta para que el plato mejor condimentado resulte incombible; ¿por qué se ha de pensar que en los vinos pase otra cosa?

El cosechero que mezcla el caldo de uvas maduras con las que no lo son, ó que deja frutos entrados en putrefaccion con los que no lo están, corre, ó el riesgo de que sus vinos se avinagren, ó que se aceden. En el primer caso, el azúcar de las uvas sazonadas, puesto en contacto con otro ácido, se deteriora rápidamente; en el segundo, las causas, sean vegetaciones ó insectos invisibles, que han producido el principio de descomposicion de una parte de los racimos, continúan ejerciendo su influjo sobre la masa líquida que los abriga, y le descomponen enturbiañdole y convirtiéndole en un producto de ningun valor.

Cada fruto segun su clase, cada parte de terreno segun su exposicion y calidad, cada viento de una viña por decirlo así, maduran más ó ménos despacio: el cosechero que busque utilidades positivas dispondrá que sus vendimiadores esquilmen las viñas con arreglo á las observaciones que él mismo haya hecho sobre el terreno, y solo irá cogiendo las que pueda esprimir, y est después de separarlas, de suerte que obtenga calidades diferentes en relacion con la verdadera calidad de la cepas.

Siguiendo este sistema venderá el caldo cada clase proporcionalmente á su mérito, y si algo pierde, solo será lo producido por los frutos inferiores: es más, apenas tendrá pérdida, porque desechados los granos enfermos y reunidos los muy ácidos, no tendrá en su bodega caldos de imposible salida, y los ácidos, siéndolo mucho, podrán colocarse entre los mejores de su género.

En muchas localidades de España es tal el temor que las autoridades tienen de la imprudencia de los cosecheros, como si ella misma no encerrase su propio castigo, que para que no abusen, la vendimia no se permite hasta que se pregona de orden superior. Para los países acostumbrados á buscar la fuente de la riqueza en otros veneros que los mandatos de las autoridades, en la propia conveniencia, que tan superior les es, la costumbre antedicha sería intolerable, puesto que expone á los particulares á pérdidas y precipita operaciones que requieren despacio, y nuestro deber es saber que en ninguna parte se pregona la vendimia de idéntica manera; que para que el trigo sea superior no se pregona la siega. Estudiemos; hagámonos dignos de ser libres, felices y ricos por medio de la instrucción, y seguramente lo seremos.

Y quédese esto aquí para continuar en otro número.

NAZARIO DE JOSS.

AVILA.

Era el 5 de Julio de 1864. Gravemente enfermo salí de Madrid con dirección á los baños de Cestona: después de cruzar por el Escorial y contemplar por un instante la octava maravilla, el tren se detuvo en la estación de Avila.

¡Cómo pasar por la ciudad en que visteis la luz primera, sin dedicarle un recuerdo! ¡Imposible! Perdona por lo tanto, lector querido, que, hijo de esta libre ciudad, y por lo que estaba ausente hacia quince años y á la que temía no volver á ver, te describa á grandes rasgos las bellezas que encierra, y que yo pude contemplar en las pocas horas que me detuve en mi ciudad natal. Avila fué fundada, según algunos, por Alcides, hijo del titano, y por los fenicios, según otros, por más que estos no pasaron de las regiones litorales: el Padre Murillo y Colmenares la creen obra del Hércules egipcio, 1660 años antes de Jesucristo, y Mendez Silva asegura la habitaron los caldeos conducidos por Nabucodonosor II, llamándola *Avila* en memoria de otra ciudad que dejaron en las orillas del Jordan; y otros, por último, creen que su origen data de los tiempos *mysticos*.

Como no es nuestro propósito hacer en este artículo una investigación histórica, solo diremos que fué conquistada por el célebre árabe Tarek en el año 714, y reconquistada por el yerno de D. Pelayo, Alonso el Católico en 747, siendo perdida y recobrada varias veces hasta el siglo xi, en que se apoderó de ella el conde don Ramon, esposo de doña Urraca, ayudado de los leoneses, asturianos, gallegos y vizcainos, lo que fué causa de sangrientas luchas entre todos.

Avila está construida en tres porciones, y encerrada en gran parte por una muralla bastante bien conserva-

da, con antepechos y almenas, y defendida por cubos ó torreonos de grande espesor.

Cuenta más de mil casas de uno, dos y tres pisos, perfectamente distribuidas, y varias plazas, entre ellas la del Mercado chico, la de la Constitución y la del Mercado grande, que contiene la parroquia de San Pedro, la Casa-alhóndiga y la ermita de la Magdalena.

El Seminario conciliar de San Millán fué erigido por el ilmo. Sr. D. Pedro Fernandez Temeño, obispo de Avila, y reconstruido en 1794 por el obispo F. Julian de Gascuña sobre el lugar del antiguo; el hospital se creó en 1792, y existe en la ciudad, además de la Escuela Normal, un establecimiento para niños expósitos, cuya escasez de recursos impide se les dé toda la debida instrucción.

La catedral, erigida bajo la advocación de San Salvador, es un edificio gótico, de mampostería reglada, de piedra berroqueña, fundado según el Padre Ariz, en tiempo de los godos, y reedificado en tiempo de Alfonso VI (desde 1091 á 1107) bajo la dirección del maestro Alvar García, natural de Estella de Navarra, que á juzgar por sus almenas, le dió el doble carácter de alcazar fuerte.

Entre sus capillas descuella la de *San Segundo* y la del *Marqués de Velada*, donde se hallan los magníficos sepulcros que publicamos en la página 237, y en los que se hallan sepultados, en el de la derecha el célebre don Blasco Dávila, obispo de Sigüenza, de la familia de los Veladas, que yace en un luzillo labrado á la usanza de aquel tiempo, y cuyo epitafio dice:

«D. Blasco, obispo de Sigüenza, falleció en el año 1334.

»En la Santa Iglesia Catedral de Avila dejó dotados tres aniversarios para el descanso perpetuo de su alma, el primero, el 16 de Enero, con 30 maravedises; el segundo, el 23 de Febrero, con 20; y el tercero, el 26 de Setiembre, con treinta y cinco.—(Teatro de las Iglesias de España, por Gil Gonzalez Dávila.)»

En el de la izquierda se halla enterrado D. Pedro Dávila, señor de Villafranca y las Navas, gobernador del Principado de Asturias por la princesa Isabel, según el Padre Ariz.

Detrás del altar mayor se halla el busto en mármol del célebre obispo de Avila, D. Alfonso de Madrigal (el Tostado).

Merece citarse la verja de la capilla mayor, la valla y coro de bronce, y la magnífica iglesia de *San Juan y San Pedro*, de estilo gótico, y en cuyo átrio se celebró en Avila el primer auto de fé por la *Santa Inquisición*; la de *San Vicente*, elevada sobre el lugar en que fueron martirizadas Vicente, Sabina y Cristeta, y sobre cuyo sepulcro juraban los caballeros no faltar á su palabra; el convento de *Santo Tomás*, de la orden de Santo Domingo, antigua universidad, que conserva el sepulcro de alabastro fabricado en 1498, donde se enterró al infante D. Juan, hijo de los Reyes Católicos, y la magnífica sillería del coro, de nogal tallado; *San Benito*, cuya fundación se ignora, y *Santa Teresa*, elevada en la plazuela y sitio en que nació, con una efigie suya, y una capilla con varios objetos de su celda; el *Palacio Episcopal*, que cuenta con un pequeño museo; el paseo de las Navas, el del Rastro, el de San Antonio, la fuente de la Sierpe y la bella Estación del camino de hierro.

Avila cuenta seis partidos judiciales, segun el decreto de 1833, que son: Arenas de San Pedro, Arévalo, Avila, Barco de Avila, Cebreros y Piedrahita; 290 ayuntamientos, 399 pueblos y cerca de 200.000 almas.

Avila perteneció á Castilla la Vieja; pero antiguamente se dividió en dos grandes secciones, Avila y Arévalo, con un corregidor letrado que entendia en lo judicial, administrativo y económico, y subdividida en sesmos ó comunidades de pueblos convenidos entre sí para su gobierno municipal, eligiendo cada uno un procurador ó *sesmero* que aceptaba ó no las contribuciones exigidas por el gobierno y arreglaba todas las diferencias.

El clima es diverso, pues la naturaleza ha dividido en dos trozos diferentes esta provincia: la Moraña, tierra de Arévalo y campo de Pajares, situada al N., es casi lla-

na, mientras que al S. la forman altas sierras: en el centro está situada la capital, cuya vista damos en este número, sobre una colina un poco elevada, remate del célebre puerto de Guadarrama, y bañada por el río *Ajaja*, que nace al pié de Villatoro y cruza el pintoresco valle de Amblés.

La principal riqueza de esta provincia consiste en la agricultura y ganadería, puesto que es muy abundante en frutos, granos, aceites, vinos y ganados; cuenta con algunas minas de plata, cobre, plomo y cobre en Sanchidrian, Avila, San Estéban de los Patos, Cebreros y Santa Cruz de Pinares respectivamente, y no escasean la elaboracion del cobre, objetos de alfarería, sombreros, paños, jabon, papel, instrumentos de labranza y tejidos de lino y algodón, si bien la falta de caminos ha-



SEPULCROS DE LA CATEDRAL DE AVILA.

nulo su rico comercio de ayer, reducido hoy á cambiar sus productos con las provincias limítrofes.

Por otra parte, el fanatismo ha causado la ruina de esta provincia, puesto que, siendo puramente agricultora, la gran masa de tierra pertenecía á los mayorazgos y al clero, hasta el punto de que, segun la division agraria del Sr. Tarrius, mientras las tierras propias de los vecinos subian á 68.252, las de capellanías se elevaban á 37.604, las de los mayorazgos á 217.595, y las de las comunidades religiosas á 77.064: de suerte que, segun cálculos aproximados, 80.000 personas vivian con la sétima parte de lo que consumian 1.600.

Si á esto se agrega que las antiguas fábricas que tan ricas fueron antiguamente desaparecieron, segun el padre Ariz, con la expulsion de 17.000 hebreos y la quema de 2.000, pasando esa gran masa de riqueza á las fundaciones religiosas, se comprenderá la triste situacion de mi querida ciudad; y como si todo esto fuera

poco, resulta, segun los cuadros estadísticos de 1842, que la riqueza imponible de cada vecino se tasaba en 577 reales y 32 maravedises, y la contribucion anual en 81 reales y 31 maravedises, y como las contribuciones, lejos de descender, han aumentado, es claro que mi pobre país ha ido descendiendo cada año por la fatal pendiente de la ruina y la miseria; esperamos, por tanto, que una vez planteada la República democrática federal, teniendo la provincia y el municipio independencia, libertad y viva propia, Avila ocupará el puesto que le corresponde entre los Estados federales.

El carácter de sus habitantes es reflexivo y silencioso, pero franco y leal, sin doblez y sin engaño, y su proverbial generosidad la demuestran los trescientos hospitales y casas de asilo y las 238 escuelas que sostiene, á pesar de su triste estado, y si bien el número de asistentes no es más que de 114.685, téngase en cuenta que es una provincia agricultora, donde es casi imposible

que los padres puedan enviar á sus hijos á la distancia que generalmente se encuentra la escuela: por lo demás, y como prueba de su rectitud y nobleza, Avila es una de las provincias donde la estadística criminal aparece mas en baja.

No terminaremos este desaliñado artículo sin recordar las glorias de nuestra noble ciudad, entre las cuales merece citarse que el Concejo de Avila sostuvo el ala derecha del victorioso ejército que mandaba don Sancho el Bravo en la célebre jornada de las *Navas de Tolosa*, así como la toma de *Zorita* y la de las *Xarás de Sevilla*.

Creemos justo mencionar tambien el importantísimo hecho del destronamiento de Enrique IV, llevado á cabo el 9 de Junio de 1405 por los conjurados, que despues de levantar un cadalso condujeron á él la estatua del rey vestida de luto, y luego que fué despojado de las insignias reales le depusieron con el mayor valor.

Más tarde, el 19 de Julio de 1520, se reunió en el capitulo de la catedral la junta de los heroicos *Comuneros*, presidida por Laso, diputado de Toledo, el Dean, y un tundidor de lanas apellidado *Pinillos*, y que de aquí marchó Padilla con la gente de Avila y Segovia á tomar á Tordesillas.

Entre los nobles hijos de esta libre ciudad citaremos á Santa Teresa de Jesus, á Gil Gonzalez Dávila, Sancho Dávila, D. Juan Arias Dávila, obispo de Segovia; don Blasco Dávila, obispo de Sigüenza, y D. Alonso de Madrigal (el Tostado). Se cree que su Iglesia fué erigida por San Segundo, uno de los siete apóstoles que predicaron en España el Evangelio.

Tal es la reseña de lo que pude ver en el corto espacio de doce horas y los datos que algunos amigos tuvieron la bondad de facilitarme.

Muchas veces he deseado visitar nuevamente mi ciudad natal, en la cual va echando hondas y fuertes raíces la idea republicana, merced al altivo carácter de mis paisanos y á la noble iniciativa de muchos y probados republicanos, con cuya amistad me honro. La falta de tiempo me ha impedido cumplir este pensamiento, y cada dia que pasa se aumenta en mí el deseo de contemplar sus libres montañas, sus fértiles llanuras y sus bellos monumentos, y saludar á tantos y tan buenos adalides como cuenta entre sus moradores la República democrática federal, que yo espero ha de labrar la dicha de mis queridos conciudadanos.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

LA CANTINERA REPUBLICANA.

ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE 1793.

FOR

ERCKMANN-CHATRIAN.

(Continuación.)

En el camino ojeó mi tío los papeles del croata. Al entrar en la sala vimos que la enferma habia tomado un caldo; las cortinas estaban descorridas aun, y la taza sobre la mesa de noche.

—¡Y bien, señora! dijo sonriendo mi tío, ¿os encontráis mejor?

Volvióse la enferma, y mirándole dulcemente con sus grandes y negros ojos:

—Sí, señor doctor.

Y añadió con compasivo acento:

—¿Habeis encontrado alguna otra desgraciada víctima de la guerra?

Mi tío comprendió que lo habia oido todo, cuando vino á llamarle el alcalde media hora antes.

Sí, dijo, sí, señora; otro desgraciado que no volverá á ver su hogar; otra pobre madre que no abrazará ya á su hijo.

La enferma estaba conmovida y preguntó muy quedo:

—¿Es de los nuestros?

—No, señora; un croata. En el camino he leído una carta que le escribió su madre hace tres semanas. La infeliz le encarga no olvidar sus oraciones de la mañana y noche, y obrar bien. Le habla con ternura como á un niño. Sin embargo, era un soldado viejo, pero la madre le veía aun sonrosado y rubio, como el dia en que por última vez le abrazó sollozando.

Hablando así se enternecía la voz de mi tío y miraba á la enferma, que tambien parecia afectada.

—Sí, teneis razon, dijo; debe ser espantoso saber que no se volverá á ver un hijo. Por mi parte tengo el consuelo de no poder causar tan grandes penas á los que me dieron el sér.

La enferma volvió la cabeza, y mi tío le preguntó con suma gravedad:

—Sin embargo, no estais sola en el mundo.

—No tengo padre ni madre, contestó en voz baja; mi padre era jefe del batallon que habeis visto; tenia yo tres hermanos, y el 92 partimos todos juntos de Fene-tranje, en Lorena. En la actualidad han muerto ya tres: mi padre y mis dos hermanos mayores; solamente quedamos Juan el tamborcito y yo.

Diciendo esto parecia que iba á llorar. Mi tío se paseaba por la habitacion cabizbajo y con las manos cruzadas á la espalda. Habia vuelto á reinar silencio.

De pronto añadió la francesa:

—Tengo algo que pedir, señor doctor.

—¿Qué quereis?

—Que escribiéis á la madre de ese desgraciado croata. Sin duda es cosa terrible saber la muerte de un hijo; pero esperarle siempre, esperarle durante años y no verle llegar, y esto hasta la última hora, debe ser más cruel.

Calló, y el tío contestó pensativo:

—¡Sí... sí... es buena idea! Fritz, trae tintero y papel. ¡Qué miseria, Dios mío! ¡Tener que anunciar una estas cosas y pensar que son buenas acciones! ¡Ah! ¡La guerra... la guerra...!

Sentóse y comenzó á escribir.

Lisbeth entraba entonces á tender el mantel, colocando los platos y el pan en el aparador. Era medio dia; la enferma parecia haberse aletargado.

Al fin terminó la carta el tío, doblóla, la cerró, escribió el sobre y me dijo:

—Toma, Fritz, póñla en el correo y vuelve en seguida. Pide de paso el periódico á la abuela Eberhardt; es sábado y tendremos noticias de la guerra.

Salió corriendo y puse la carta en el buzón del pueblo.

Peró no habia venido el periódico; las nieves habian detenido á Clementz, cosa que no extrañó á mi tio, puesto que sucedia lo mismo casi todos los inviernos.

VIII.

Al volver del correo vi á lo lejos, en el prado comunal, detrás de la iglesia, á Hams Aden, Frantz Sepel y otros amigos desfilándose por las nevadas pendientes. Veíaseles tomar impulso en fila y partir como flechas, encorvada la espalda y los brazos abiertos para conservar el equilibrio, y se oían el prolongado ruido de sus zuecos y sus alegres gritos.

(Se continuará.)

REVISTA GENERAL.

La reunion de las Cortes se aproxima: comienzan á llegar los *touristas* y los *rurales*; el salon de conferencias está cada dia más animado; se discute, se protesta y se amenaza; los *palomos tomadores* dejan oír por los pasillos su canto arrullador en torno de algun diputado novel, y todo hace presumir que en la eleccion de presidente se presentará al gobierno la batalla.

Aunque el Sr. Ruiz Zorrilla, al decir de sus *intimos*, aun no se ha ocupado de este asunto y espera conocer la opinion de sus amigos, es lo cierto que no veria con malos ojos la eleccion de D. Nicolás María Rivero para la silla presidencial, y solamente en el caso de que ciertos progresistas, ayudados de los *fronterizos*, insistan en presentar á Sagasta, el ministerio propondrá al Sr. Montero Rios, como una especie de transaccion entre tan diversas opiniones.

Si el gobierno triunfa en esta importante cuestion, posible es que el Sr. Martos ó el Sr. Rivero ocupen el ministerio de Estado, *vacante aun*; pero si Ruiz Zorrilla, por intrigas de los *fronterizos* y de los ya célebres *palomos tomadores*, auxiliados por algunos progresistas-cangrejos, sale derrotado, es casi seguro que el general Serrano ocupará nuevamente la presidencia del Consejo, ayudado del indispensable Sagasta.

Y no hay que hacerse ilusiones: Sagasta y Ruiz Zorrilla ya no caben juntos, y si á este le acusan algunos de *populachero*, vive Dios que el otro es el tipo del resellado, que aspira á mandar á todo trance.

Las noticias acerca de la excursion amadeista son cada vez más desconsolidadoras; el pueblo barcelonés ha mostrado una vez más, con su dignísima actitud, su grande amor á la causa republicana, y atento, no á la voz de sus jefes, que en el partido republicano no existen, sino á lo que en tan graves momentos le cumplia hacer, ha probado una vez más hasta dónde llegan su abnegacion, su ilustracion y su cultura: ni un viva, ni una colgadura, á excepcion de las *oficiales*; ni una corporacion popular, puesto que D. Amadeo no debe ignorar que el ayuntamiento que salió á recibirle no es el elegido por sufragio universal, sino el impuesto á *bayonetazos*, y que la diputacion que tanto le ha adulado es una diputacion *postiza*, porque la legítima está suspensa.

Como si todas estas satisfacciones no fueran bastantes, el digno ayuntamiento de Martorell no quiso salir á re-

cibirle, y el vecindario, por imitar al ayuntamiento sin duda, no quiso verle tampoco.

En Barcelona parece que un segundo despues de abandonarla D. Amadeo se hundió la tienda de campaña en que descansó y tomó un refresco, causando varios heridos; en Gracia, ni un solo balcon ostentaba colgaduras, ni uno solo; pero en cambio, uno de los coches de la comitiva de D. Amadeo atropelló á un pobre niño dejándole sin esperanzas de vida. Si sumáramos las victimas que ha causado, bien puede asegurarse que el régio viaje ha sido una verdadera calamidad.

En Girona los progresistas preparan un recibimiento á lo *Barba Azul*: en la puerta de Alvarez, el héroe defensor de la invicta ciudad, han colocado un rótulo entre banderines y ramaje, en el cual se lee: *Girona por Amadeo I.* ¡Oh inventiva monárquica! Y aun se dirá que no tienen talento los progresistas; falso: le tienen y mucho; pues qué, ¿acaso hace cualquiera lo que ellos han hecho? ¿Quién que no fuera ellos, hubieran quitado á una fragata de nuestra marina el glorioso nombre de *Sagunto*, cambiándole por el de *Amadeo*? ¿Quién sino los progresistas habria arrancado del escudo nacional las barras de Aragon y Cataluña para sustituirlas con la cruz de Saboya? ¿Quién sino los progresistas serian capaces de colocar á la puerta de una heroica ciudad que se enterró en sus gloriosos escombros primero que rendirse al extranjero, ese moderno *Tartar*, por el que tan invicta ciudad se declara por otro extranjero, que extranjero es, por más que le llamen rey de España, D. Amadeo de Saboya?

¡Qué felices son los progresistas, y qué grandes disposiciones manifiestan para guardarropas, atreáticas y tapiceros!

El comité republicano de Girona ha dado un manifiesto recomendando á nuestros correligionarios se abstengan de toda demostracion favorable ó adversa contra D. Amadeo, y noticiando que, si algun republicano tomara parte en la recepcion que se le prepara, se reunirá el Jurado del partido para poner el correctivo que merezca tan escandaloso proceder.

¡Bien por los republicanos gerundenses! Harto sabemos nosotros que Girona y el Ampurdan son enteramente republicanos, muy antiguos, muy leales y muy probados, y que sabrán cumplir con los deberes que tan criticas circunstancias les imponen.

Es objeto de todas las conversaciones la reunion convocada por doña Isabel de Borbon en su residencia de Deauville para tratar de la fusion alfonsino-montpensierista, y á la que han sido invitados, además de otros hombres más ó menos constitucionales, los Sres. Rios Rosas, Cánovas, Calderon Collantes, Romero Ortiz, Escosura, Eduayen, Mendez Vigo, Vega Armijo, Bugallal, Bravo Murillo, Mon, Barzanallana, Nocedal, Benavides, Moyano, Estéban Collantes y Toreno. Los Sres. Novallies, Bedmar, Coello y los últimos ministros de Gonzalez Brabe se encuentran allí: si á esto se agrega que, segun rumores, el general Gasset parece que se dirige á la frontera de Cataluña, que los borbónicos están negociando un empréstito de 140 millones de reales y que se están haciendo grandísimos trabajos en el ejército, se comprenderá toda la gravedad y toda la importancia de semejantes noticias.

Nuestros amigos deben vivir muy prevenidos, porque es posible una lucha, y en ella, seguros estamos de que el pueblo español, despreciando toda clase de ofertas mentidas y burlándose de todo género de amenazas, cumplirá con el sagrado deber que le imponen su patriotismo, su honradez y su amor á la libertad.

La prensa de todos matices denuncia el escandaloso hecho de que, á pesar de los días trascurridos, todavía el decreto de amnistía no se haya cumplido, dándose el caso de haber sido presos en Aranda de Duero dos sujetos que acreditaron haberse acogido á ella.

Este triste ejemplo demuestra una vez más que en España la libertad es nula, y que las leyes se cumplen tarde y mal, al paso que en nuestras Antillas ciertas órdenes se cumplen con una rapidez que espanta y que huela la sangre en las venas; nos referimos al fusilamiento del distinguido poeta cubano Zea, muerto el 25 del pasado en los fosos del castillo de la Cabaña.

Parece que su delito consistía en ser partidario de la insurrección, lo cual no impidió que, comisionado por el general Prim, se prestase á marchar á Cuba, llegar al campamento rebelde y combatir las ilusiones separatistas de Céspedes, ofreciéndoles paz y justicia si se sometían; pero declarando al general Prim con noble y leal franqueza que, á pesar de sus convicciones personales, seguiría á dichos caudillos si ellos no desistían.

No se sabe aun la causa de su fusilamiento, y nosotros, á fuer de españoles, pedimos una amplia información sobre esta triste causa, pues no queremos que la sangre del malogrado Zea venga á salpicarnos y á manchar nuestra frente, expiando así culpas que no hemos cometido y que no quisiéramos cometer jamás.

Hé aquí algunos versos que tomamos al azar de los inimitables nocturnos de Zea, cuya brillante pluma honró diferentes veces á la prensa española:

«¿Qué oscuridad! ¡qué negros horizontes!
 ¿Qué momentos de angustias y pesares!
 ¡Ay de aquellos que viajan por los montes!
 ¡Ay de aquellos que están sobre los mares!
 ¿Cuántos niños habrá sin pan ni techo
 Que se lamenten de dolor profundo!
 ¿Cuánto enfermo infeliz sin luz ni lecho!
 ¿Cuánta pobre mujer sola en el mundo!

«¿Qué triste noche! y en mi hogar en tanto
 Todo en el orden y la paz reposa;
 Duerme mi niña en su silencio santo,
 Y se estrecha en su labor mi esposa.
 Sentimos ella y yo las agonías
 Que sufre el hombre de diversos modos;
 Me acuerdo yo de mis revueltas días,
 Y nos ponemos á rogar por todos.»

Quien así escribe, y quien de tal modo siente, no puede ser culpable; sepámoslo pronto la causa de su muerte, y que el país juzgue después.

La cuestión de Melilla va adquiriendo cierto carácter de gravedad; los ataques de los moros contra la plaza se repiten cada día con mayor fuerza; esperamos que, tanto nuestro enviado en Marruecos como el gobierno, obrarán en este caso con la rapidez y energía que el asunto reclama.

Brillantemente se ha inaugurado la temporada de teatros: *El Español* abrió sus puertas con la obra del inmortal Calderón, *Amor, honor y poder*, en cuyo desempeño han conquistado justísimos aplausos las señoritas Boldun y Mendoza-Tenorio y Rafael Calvo, que no ha defraudado las esperanzas que el nombre de su padre y su reputación le habían conquistado.

El cuadro histórico *Don Ramon de la Cruz* no nos ha satisfecho; en primer lugar, no merece el título de histórico, puesto que en él se falta y mucho á la historia; la ejecución buena, especialmente por parte de Máximo, Morales y Calvo; su autor, el Sr. Alvarez, fué llamado á la escena.

La *Zarzuela* abrió sus puertas con la obra del señor Bottesini, *Ali-Babá*, perfectamente interpretada por la señorita Maldonado y los Sres. Salas, Dalmau y Wenden.

En *Martin*, la representación de *Jorge el Armador* proporcionó justos aplausos al Sr. Yañez y á la señora Carceller, como igualmente á las señoras Solís y Monzon, y á los Sres. Tormos, Junco, Fraile y Villegas.

En nuestro próximo número nos ocuparemos de los demás teatros con más espacio y tiempo.

En Francia siguen las negociaciones para el nuevo tratado sobre ciertas condiciones aduaneras en la Alsacia, que darían por resultado la evacuación de los prusianos de los puntos que ocupan, excepto seis.

En el banquete celebrado con motivo de la inauguración del túnel de Mont-Cenis, el ministro de Estado francés, Sr. Remusat, ha brindado por la unión de la raza latina y por la independencia y libertad con las naciones, á nombre de Francia y de la República.

La entrega oficial de los fuertes de París se verificará el 20. Continúa el desarme de la Guardia nacional en el Ródano y en el Loira.

Parece que el 25 convocará consistorio el Papa para preconizar á M. Guibert, arzobispo de París, y nombrar al obispo de Alejandría para el arzobispado de Turin.

Ricciotti Garibaldi se encuentra de paso en Roma; se cree que su padre y Mazzini abrirán el Congreso general de las sociedades obreras de Italia.

Como anunciamos en nuestra Revista anterior, el gabinete portugués cayó, siendo reemplazado por el señor Fontes; en el Congreso continúa la discusión sobre prorrogar hasta fin de año el proyecto de ley del 7 de Junio último, lo cual es impugnado por miembros importantes de los partidos histórico y reformista.

El gobierno turco va á contratar un nuevo empréstito; la situación de su Hacienda no puede ser más desoladora.

El estado de la reina de Inglaterra es sumamente grave.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

Editora propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑIA.

Madrid: 1874.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 27.